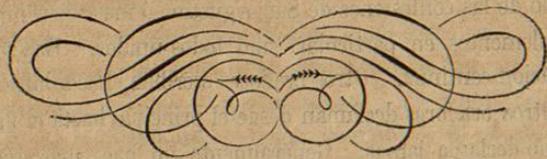


sentir algo del entusiasmo de los profetas, ser un Jeremias, llorando los infortunios de la hija de Sion, ó bien un Pablo cuando fué arrojado del caballo en el camino de Damasco.

Por lo demas, Lacordaire, pensador infatigable, lógico terrible, dialéctico casi sutil, y muchas veces poeta hasta el lirismo, puede colocarse, por su imaginacion y estilo, entre los mejores escritores de la época; mas por su elocuencia, no tiene rival en la cátedra cristiana. Lacordaire, como orador parlamentario, podia haberse elevado en este siglo á los mas altos puestos del Estado. Como sacerdote, pudiera haber aspirado á las primeras dignidades de la Iglesia. ¡Pero no ha querido ser mas que un pobre fraile! Así su poder, casi tanto como en su elocuencia, estriba en su virtud. ¡Ah! La virtud es como la fé. Es capaz de conmovier las montañas, y llevarse tras sí al mundo.—*Facundo de Goñi.*"



CONFERENCIAS

EN

NUESTRA SEÑORA DE PARIS.

CONFERENCIA TRIGÉSIMA SÉTIMA,

DE LA VIDA INTERIOR

DE

JESUCRISTO.

Monseñor. (1)=Sres.—El plan de nuestras conferencias os es al presente conocido. Yo, para probar la divinidad del cristianismo, no he ido á engolfarme en las profundidades de la metafísica, ni me he remontado tampoco á las regiones lejanas de la historia; he tomado por punto de partida un fenómeno vivo, palpable, que habita con nosotros hace siglos; lo he analizado: os he demostrado que ya sea con relacion á la inteligencia, ya con relacion á las costumbres y ya tambien con respecto á la sociedad, la Iglesia católica presenta un fenómeno único aqui abajo y por consiguiente divino. Porque todo lo que es humano es susceptible de multiplicacion, supuesto que lo

(1) Monseñor Affre arzobispo de Paris.

que algunos hombres han podido hacer en cierto tiempo y en un lugar determinado, otros hombres pueden repetirlo en otros lugares y en diversos tiempos. Así es como hemos cambiado de táctica: en vez de partir de la base, hemos partido de la cima: en lugar de cabar en los cimientos de la pirámide, hemos fijado nuestra atención en la cabeza y su corona, comenzando por la parte más visible para descender en seguida á lo que está más oculto y que sostiene toda la masa. Un escritor de estos tiempos ha dicho: "El cristianismo es el más grande acontecimiento que haya atravesado el mundo." Yo he dicho en otros términos y quizá mejor. El cristianismo es el más grande fenómeno que se ha naturalizado en el mundo, el más grande fenómeno intelectual, el más grande fenómeno moral, el más grande fenómeno social, en suma, es una cosa única, y por consiguiente, repito, divina.

Más no habiendo efecto sin causa, ¿cual es la del fenómeno que nos ocupa? Después de haber considerado lo que se presenta á nuestra vista, es necesario evidentemente considerar lo que ha producido el espectáculo, lo que es su razón y su sostén. ¿Quién ha hecho pues la Iglesia católica? ¿Quién ha fundado esa sociedad dominadora de los espíritus por la certidumbre, reguladora de las almas por las más sublimes virtudes, bienhechora del género humano por los elementos nuevos que ha suministrado á la civilización? Quien ha formado, bajo una gerarquía enteramente espiritual y desarmada, ese cuerpo en que la convicción, la santidad, la unidad, la universalidad, la estabilidad y la vida forman un tejido de una belleza sobre humana é incontestable? ¿Quién es el artista ó el obrero? ¿Es el tiempo, la casualidad? ¿Son muchos ó será uno solo? Es uno solo, sí, uno solo, un hombre, es decir nada: la palabra de un hombre, es decir un viento que pasa. ¡Ved aquí el artista! Así es como Dios ha querido que el fundamento de esa grande obra fuese una cosa como nosotros en la apariencia, y que nosotros tan débiles, tan vanos sostuviésemos sobre nuestras espaldas, como Atlas, el cielo y la eter-

nidad. ¿Quién es ese hombre? ¿Que denominación tiene en la lengua y en los anales del género humano? Yo no necesito decíroslo: su nombre es bastante conocido y resuena por sí mismo. Todos lo saben por amor ó por odio, y en diciéndolos Jesucristo, yo no soy más, que el eco tardío de todos los siglos y de todos los espíritus. Jesucristo pues! Jesucristo! he aquí el artista! Él es el que ha fundado esa Iglesia cuya inefable arquitectura hemos admirado juntos, hablo de la Iglesia bajo su forma actual; por que la Iglesia ha existido sobre la tierra desde el día en que Dios se ha comunicado á un hombre, y en que un hombre ha respondido con su corazón á Dios.

Hallado el artista, Sres, es necesario que estudiemos su historia, á fin de juzgarse si el obrero corresponde á la obra, y si después de haber visto que ella es en sí misma divina, su divinidad recibirá confirmación con la vida de aquel. Pues bien, la primera cuestión que se presenta es saber en donde encontraremos los elementos de esa vida. El embarazo no es grande. Como todo hombre que ha vivido en una edad histórica y célebre por sus trabajos, Jesucristo tiene una historia, historia de que la Iglesia y el mundo están en posesión, y que rodeada de innumerables monumentos, tiene por lo menos la misma autenticidad que cualquiera otra historia nacida sobre el mismo suelo, entre los mismos pueblos y en los mismos tiempos. Así pues, como si queriendo estudiar la vida de Bruto y de Casio, abriría yo tranquilamente á Plutarco, abro el evangelio para estudiar á Jesucristo y lo abro con la misma tranquilidad. Ya verémos más adelante si me he equivocado al admitir esta autenticidad previa; por ahora la supongo por que estoy en posesión de ella, á reserva de volver después sobre nuestros pasos para comprobar por nosotros mismos los monumentos, y para asentarlos sobre una certidumbre digna, por su profundidad, del santo objeto de nuestras investigaciones. Yo tomo, pues, provisionalmente el Evangelio por mi título histórico. En cuanto á vosotros, reservad por vuestra parte, mientras lo tengais por conveniente, la cuestión de su auten-

ticidad y de su veracidad; este es un derecho que no contradigo, como tambien os considero bastante equitativos para que respeteis, á lo menos provisionalmente, en el Evangelio, la fé de veinte siglos y el peso natural de cosas que se ligan entre si y á todo.

Jesus, Señor mio: hace diez años que yo hablo de vuestra Iglesia á este auditorio: en el fondo he hablado siempre de vos; pero hoy mas directamente llego á vos mismo, á esa divina figura que es diariamente el objeto de mi contemplacion, á vuestros pies sagrados que he besado tantas veces, á vuestras amabilísimas manos que me han tan frecuentemente bendecido, á vuestra cabeza coronada de espinas y de gloria, á aquella vida cuyo perfume he respirado desde mi nacimiento, que olvidé en mi adolescencia, que mi juventud reconquistó, y que mi edad madura adora y anuncia á todas las criaturas. O Padre! ó señor! ó amigo! ó Jesus! auxiliadme ahora con mas especialidad, pues que estando mas cerca de vos, conviene que mi lenguaje sea mas expresivo y que yo saque de mi boca palabras que den a conocer la influencia admirable que ejercéis sobre mí.

Hay dos vidas, la vida exterior y la vida interior. La vida exterior no seria nada sin la vida interior. Esta es el apoyo de la otra, y por consiguiente, si quiero estudiar la vida de Jesucristo, lo primero que debo hacer es estudiar su vida interior. ¿Pero qué cosa es la vida interior? La vida interior es la conversacion que uno tiene consigo mismo. Todo hombre conversa en el fondo de su alma, todo hombre se habla así mismo, y esta palabra que él se dice, es su vida interior, como la palabra que Dios se dice por toda la eternidad en el misterio de sus tres santas personas, es tambien su vida interior. Todo hombre, toda inteligencia tiene esta palabra interior, esta conversacion de sí para sí que hace su verdadera vida. El resto no es mas de una apariencia, cuando no es el producto de esta vida interior. Ella es la que constituye al hombre y la que le da todo su valor. Tal individuo lleva un manto de púrpura y no es mas que un miserable, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un miserable; y

tal otro pasa por la calle, con los piés desnudos, hecho un ardrajo, que es un grande hombre, porque la palabra que se dice á sí mismo es la palabra de un héroe ó de un santo. El dia del juicio revelará las engañosas apariencias del exterior; conocido entonces el coloquio misterioso de cada hombre, comenzará la historia. En cuanto al presente, nosotros pasamos como nos es posible de la vida exterior á la vida interior, porque si no nos hubiera sido dado el don de juzgar del interior por el exterior, si nuestra vida exterior no fuera una transpiracion permanente de nuestra vida interior, no seriamos los unos para con los otros sino espectros, pasaríamos sin vernos como máscaras que se cruzan en la noche. Por fortuna, y á Dios gracias, hay respiraderos por donde se escapa nuestra vida interior á cada momento, y el alma tiene sus poros como la sangre tiene los suyos. La boca es la primera y la mas ilustre de las vias que llevan el alma fuera de su invisible santuario: hablando con los labios es como el hombre comunica mejor la palabra secreta que es su verdadera vida. Y aunque todo hombre hable del interior al exterior, no obstante hay algunos en quienes la manifestacion de sí mismos es mas indispensable, mas imperiosa, mas auténtica. Estos son los que se presentan al mundo con doctrinas destinadas por ellos á convertirse en leyes. Porque la primera réplica que el mundo les hace es esta: Quiénes sois vosotros? qué decis de vosotros mismos? Lo que los sacerdotes de Jerusalem enviaron á decir á Juan Bautista al desierto: „Tu quis es,” quid dicis de te ipso? (1) Ante todo, pues que eres un hombre distinto de los otros, dínos lo que eres, lo que afirmas de tí mismo: ‘quid dicis de te ipso’?

Y no es poca cosa, Sres, el obligar á un hombre á que diga lo que es, ó lo que él cree ser. Porque la palabra soberana del hombre, la sola palabra que va á decir de sí mismo y sobre sí mismo decidirá de todo. Esta será la base de donde se ha de partir para juzgarlo. Será necesario que todas las ac-

(1) S. Juan Cap. 1. vers. 22.

ciones de su vida, desde aquel momento, estén en armonía con la respuesta dada á la pregunta: „Quid dicis de te ipso?” Y por consiguiente, apareciendo Jesucristo en medio de los hombres trayéndoles leyes nuevas, una sociedad nueva, ha debido sufrir la necesidad de decir lo que era, y con esta necesidad la prueba indefectible que le es anexa. Sus amigos y sus discípulos son los primeros á quienes ha debido manifestarse, diciéndoles lo que pensaba de sí mismo. Qué les ha dicho?

Un día en Cesaréa de Philipo los interrogó de esta manera: *Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Y ellos le respondieron. Los unos dicen que Juan Bautista, los otros que Elias, y los otros que Jeremias, ó uno de los Profetas. Y vosotros, replicó Jesucristo, quién decis que soy yo? Entonces Simon Pedro le dijo: vos sois Cristo hijo de Dios vivo. Jesucristo lejos de rechazar esta palabra como una blasfemia, la acepta como una verdad que lo conmueve y responde á Pedro: Bienaventurado tú Simon, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre la que te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Y añade al momento como en recompensa de la fé de su discípulo: Yo te digo que tu eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (1)

De esta suerte Jesucristo se presenta á sus discípulos como el hijo de Dios, no como el hijo de Dios en el sentido en que lo somos todos, sino como el hijo de Dios en el sentido verdadero y propio, sin lo cual él no hubiera manifestado á su apóstol, en términos tan singulares por su energía, el gozo que le causaba su confesion. En otras circunstancias se expresa aun mas claramente con ellos, si es posible. Felipe le dice: *Señor haznos ver al Padre, y esto nos basta.* Esta solicitud, desagrada á Jesucristo, quien le contesta: *Qué! tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve*

(1) S. Mateo Cap. 16, vers: 13, 14, 15, 16, 17, 18.

á mí, ve tambien al Padre; cómo puedes tu decir háznos ver al Padre? No creis vosotros que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? (1) Y en otra ocasion queriendo siempre expresar mas su filiacion divina decia á un discípulo todavia incierto: *Dios ha amado tanto al mundo que ha dado por él á su hijo único . . . El que cree en él no será condenado; mas el que no cree en él será condenado, porque no cree en el nombre del hijo único de Dios.* Jesucristo se consideraba pues, como el hijo de Dios sin semejante y sin segundo, en un sentido tan extricto que él estaba en su padre y su padre estaba en él, y que verlo á él era ver á su padre.

Esto es en cuanto á los amigos y los discípulos. Pero fuera de los amigos y de los discípulos, hay otro tribunal ante el que es preciso se presente toda doctrina nueva, este es el pueblo. Despues de haber hablado en secreto á aquellos que se han escogido, es necesario salir de su aposento, comparecer en público, hablar á hombres de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, á hombres que no han reposado sobre el pecho del maestro, que no han recibido la educacion de la amistad, que no saben lo que se les quiere, que oponen á la palabra doctrinal mil pasiones mezcladas con mil preocupaciones. Jesucristo lo ha hecho: él ha oido bramar la multitud al rededor de sí, y no ha vacilado sobre la respuesta que debia darle. *Hasta cuando, se le grita, tendrás tú nuestra alma suspensa? Si tu eres el Cristo dínoslo abiertamente.* Jesucristo les responde: *os lo digo y no me creis: las obras que yo hago en nombre de mi padre estas dan testimonio de mí* (2) *Mi padre y yo somos una misma cosa.* (3) A esta palabra que lo dice todo, los judios toman piedras para apedrearlo, y Jesus les dice: *Yo os he mostrado muchas obras de mi padre; por cual de estas obras me apedreais?* los judios le responden: *Por ninguna de tus buenas obras, sino á causa de*

(1) S. Juan Cap. 14. vers. 8, 9, 10.

(2) Ibid. Cap. 10 vers. 24 25

(3) Ibid. ver. 30.

la blasfemia, y porque tú siendo hombre te haces á ti mismo Dios.

(1) El language de Jesucristo, tal cual lo usaba con el pueblo para enseñarle el origen y la mision de su nuevo Señor espiritual, era pues un language exento de toda violencia y de toda oscuridad. El le decia sin temor esta palabra terrible: Ego et Pater unum sumus.

Pero sobre el pueblo, masa confusa, cuya voz es la voz de Dios y tambien la voz de la nada; encima del pueblo que es á la vez la mas grande y la mas pequeña autoridad, se eleva en la calma, la vigilancia y el respeto de sí mismo, la mas alta representacion del derecho y de la verdad. Cada nacion tiene una magistratura suprema que reúne en su seno la gloria y las luces del pais, y allí es donde finalmente tiene que comparecer toda doctrina, que pretende dominar haciendo violencia aparente ó real á las tradiciones recibidas. Jesucristo no podia escapar á esta ley general del orden humano. El es citado ante el consejo de los Ancianos, de los Sacerdotes y de los Príncipes de la Judea. Despues de oír deposiciones mas ó menos inconsistentes, el gran sacerdote en fin quiere presentar la cuestion en su verdadero punto de vista; se levanta y dirige al acusado esta solemne interpelacion: *Yo te conjuro por el Dios vivo á que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios.* (2) Jesucristo sin conmovirse le responde estas dos palabras: *Ego sum.—Yo lo soy.* Y añade inmediatamente para confirmar su confesion con la magestad del discurso: *Yo lo soy, y vosotros vereis al hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y viniendo sobre las nubes del cielo.* (3) Entonces el gran sacerdote despedaza sus vestiduras: *Qué necesidad tenemos de testigos, esclama, vosotros acabais de oír la blasfemia; qué pensais de esto?* (4) Y todos lo juzgan digno de muerte. Se le conduce ante el presidente romano, quien no ha-

(1) S. Juan Cap. 10 vers. 32. 33.
 (2) S. Mateo Cap. 26 ver. 63.
 (3) S. Marcos Cap. 14 ver. 62.
 (4) Ibid, vers. 63 64.

llando motivos para su condenacion, lo quiere absolver; mas los príncipes del pueblo insisten: *Nosotros tenemos una ley, y segun la ley él debe morir, porque se ha hecho el hijo de Dios.*

(1) Pilato comprende tan bien lo que oye que su oído romano y por consiguiente religioso, se horroriza; toma á parte á Jesucristo y le pregunta con sobresalto de donde es: *Unde es tú?* (2) Jesucristo se calla; confirma con su silencio todo lo que se le acusa haber dicho de sí mismo, y que ha dicho efectivamente. El pueblo espectador de su suplicio, comprende su condenacion en el sentido en que ha sido pronunciada; él lo insulta hasta en la muerte con estas irrisiones significativas: *Ah, tu que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo; si eres hijo de Dios desciende de la cruz.* (3) Y cuando las tinieblas cubren la tierra, cuando las rocas se hacen pedazos, cuando el velo del templo se rompe, y cuando toda la naturaleza advierte á la humanidad que alguna cosa grande y extraordinaria está pasando, los espectadores y el centurion romano se hieren el pecho diciendo: *Verdaderamente hijo de Dios era este!* (4) Y el apóstol S. Juan termina su evangelio con estas palabras; *Estas cosas están escritas para que vosotros creais que Jesus es el Cristo, el hijo de Dios.* (5)

Así, en presencia de sus amigos, en presencia del pueblo, en presencia de los magistrados, en su vida, en su muerte, en todas partes Jesucristo se proclama el hijo de Dios, hijo único, hijo igual á su padre, uno con su padre, existiendo en su padre y su padre en él. Tal es el testimonio que da de sí mismo, su respuesta á la fastuosa interpelacion: *Quid dicis de te ipso?* Y qué respuesta Sres.! Qué! un hombre, un ser de carne y hueso, que no solamente tiene delante de sí las debilidades

(1) S. Juan Cap. 19 ver. 7.
 (2) Ibid. ver. 9.
 (3) S. Mateo Cap. 27 ver. 40.
 (4) Ibid vers. 54.
 (5) S. Juan Cap. 20 ver. 31.

de la vida, sino las debilidades de la muerte, un hombre! él osa llamarse Dios! es el primer ejemplo en la historia. Ningun personaje histórico, ni antes ni despues, ha pretendido ser Dios. La idolatría tenia mil Dioses; pero tenia un Dios supremo del que ninguno otro era igual, y cuando la mas vil adulacion decretaba la apoteosis á emperadores convencidos de todo crimen por su vida, y de toda nada por su muerte, ninguno veía en el incienso ofrecido á sus cenizas mas que una figura poética, la última adulacion de la esclavitud para con la tiranía. Mahoma, venido al mundo para reemplazar el reinado de los ídolos, no se ha llamado Dios, sino un simple enviado de Dios. Y si queremos remontarnos mas allá de la idolatría en la investigacion de las mas soberbias imposturas, no descubriremos en el fondo de la India mas que narraciones sin sustancia, siglos sin fecha, un abismo informe, en donde el ojo no descubre ningun mortal auténtico bastante atrevido para llamarse Dios formalmente y sin frases, por estas dos inefables palabras: *Ego sum*. El hombre no es susceptible de una mentira tan audaz; seria una estravagancia demasiado inverosímil.

Seria ademas una estravagancia inútil: porque á qué conduciría? Para que puede servir el anunciarse uno como Dios? Quereis vosotros establecer leyes, fundar un imperio? Esta es una ambicion humana, y yo concibo que no os conduciréis como filósofos; porque todo el que conoce la historia sabe que el que obra como filósofo, está seguro de quedarse solo sobre su pedestal. Un hombre profundo en la ambicion no se conducirá jamas así. Dios es la piedra angular de todo edificio que debe tener alguna duracion. Su nombre aun invocado por la impostura, es un cimiento eficaz, y era natural que antes y despues de otros, Jesucristo se diese por enviado de Dios. Los hombres han aceptado con frecuencia esta idea: ellos creen de buena gana en la intervencion de la divinidad en los negocios humanos, y su fé engañada bajo este respecto en la aplicacion, no lo es jamas en cuanto á la realidad de una Provi-

dencia eternamente atenta á su suerte. Jesucristo, llamándose el hombre de Dios, hubiera, pues, dicho alguna cosa verosímil y útil; mas el título mismo de Dios, la apoteosis de sí por sí, no hacia otra cosa con relacion á sus proyectos que aumentar dificultades. Le era indispensable en lo de adelante el sostener en todas sus acciones el personaje del infinito; era necesario que en su muerte misma diese pruebas de su naturaleza divina, y que su tumba hablase de él como la eternidad. Era esto humanamente factible?

Añadid otra consideracion, relativa al estado de las creencias religiosas entre los judios. Ese pueblo no tenia en su ley mas de un solo dogma explícito: todos los otros, aunque los poseía en sus tradiciones, estaban como encubiertos y carecian de relieve. La unidad de Dios, grabada por principio de las tablas del Sínai, era para él el dogma por excelencia, el que recordaba y contenia todos los demas, tales como la creacion, la caida del hombre, la inmortalidad del alma. Tocarlo aun de lejos, era tocar á Moises, al Sínai, á todos los recuerdos de Israel, á todos sus hábitos, á todos sus respetos. Ahora pues, el tomar Jesucristo el título de hijo de Dios, aun sin romper la unidad divina, no entraba naturalmente en los oidos de ese pueblo acostumbrado por su legislador y por sus profetas, á no reconocer otro Dios que al que lo habia sacado del Egipto, y que le habia repetido tan frecuentemente: *Yo soy el único Dios verdadero, tú no adorarás á otro mas que á mí*. (1) Si pues Jesucristo decia una falsedad llamándose Dios se creaba sin razon dificultades insuperables.

Pero en fin dejemos estas reflexiones preliminares, y veamos en que parte nos encontramos de la vida objeto de nuestros estudios. Cualesquiera motivos que tuviese Jesucristo para no llamarse Dios, él se ha llamado Dios: he aquí el hecho. Antes de averiguar si hablaba la verdad, se presenta una cuestion intermedia, la de saber si al decir que era Dios creía lo que decía.

(1) Exodo Cap. 20 vers. 2, 3.

Entre la afirmacion y la realidad, entre decir y ser, se coloca la cuestion de la buena fé y de la sinceridad. Jesucristo creía en su divinidad? Estaba él íntimamente convencido de este dogma de que hacía la base de su enseñanza y por el cual murió? Era sincero, ó bien, perdonadme la expresion, era un impostor? No podemos ya dar un paso en su vida sin haber antes disipado esta duda. La humanidad toda entera, sin distincion de tiempos, de lugares, de pueblos, de leyes, de religiones, se divide en dos líneas, en una de las cuales cada hombre señala él mismo su lugar: la línea de los impostores y la línea de los hombres sinceros. Con demasiada frecuencia los primeros han gobernado á los segundos; mas su imperio tarde ó temprano se hace traicion á sí mismo, y la sinceridad es para el hombre una necesidad que lo honra, para el error un aroma que lo hace menos amargo, para la verdad una corona que se busca en ella desde luego. Sepamos pues ante todo si Jesucristo lleva esta corona, si está ungido con este aroma, si tiene este honor sin el cual no hay verdadero honor. Qué pensar de ello Sres? Lo deberémos colocar en la línea de los impostores ó en la línea de los hombres sinceros? Era él de aquellos que han cubierto su ambicion con velos sagrados é hipócritas, ó bien de los que han preferido á todo, aun al écsito feliz, el honor de una palabra sin tacha, y que han tomado por divisa la divisa de los macabeos: *Moriamur in simplicitate nostra!—Muramos mas bien en nuestra sencillez!* (1)

Esta es la cuestion.

Esta cuestion se decide por el carácter del hombre, y siendo así yo podria decir que la causa está juzgada en favor de Jesucristo. Porque ningun personaje mas venerable se ha levantado sobre el horizonte de la historia: el simple transcurso del tiempo lo ha puesto arriba de todo, no dejando aparecer nada que pueda aproximársele. Por confesion de todos, aun de aquellos que no creen en él, Jesucristo es un hombre de

(1) Macabeos cap. 2 vers. 37.

bien, un sabio, un escogido, un incomparable carácter. El ha hecho tan grandes cosas, cosas tan santas, que sus enemigos mismos prestan homenaje, á cada momento, á su obra y á su persona.

Es verdad que en el último siglo hubo un escritor que tomó por divisa, designándolo, esta horrible frase: *Destruid al infame!* Mas esta palabra, Sres., no ha podido salvar el siglo que la ha pronunciado: ella se ha detenido temblando en los linderos del nuestro, y despues, ninguna boca humana, aun entre aquellas que no son respetadas, ha osado repetir esta palabra de una guerra impía. Ella ha quedado sepultada en la tumba del primero que la dijo, y ella aguarda, despues del juicio de una posteridad que ha llegado ya, el juicio mas severo de la posteridad futura.

Yo podria pues detenerme aquí, supuesto que nada hay superior al juicio universal del género humano, y supuesto que toda demostracion se debilita ante un juicio que procede del sentido comun de todos los hombres. Mas quiero proporcionaros el placer de analizar el carácter de Jesucristo, y de investigar por qué armonía de bellezas morales este carácter resalta infinitamente sobre los mas ilustres de todos los tiempos.

Ahora bien, el carácter humano se compone de tres elementos: la inteligencia que es el asiento de los pensamientos: el corazon que es el asiento de los afectos ó de las inclinaciones: la voluntad que lo es de las resoluciones. La fusion de estos tres elementos, es la que determina por su medida todo tipo moral y la que le da su verdadero valor. No debemos buscar en otra parte el secreto de la perfeccion que observamos en el héroe del Evangelio. Sin duda que para aquellos que lo creen Dios, la divinidad es sobre todo y penetra todo el tegido visible, aunque sin cambiar nada en la naturaleza del alma ni tampoco en la naturaleza del cuerpo. Jesucristo no tiene en sí, para constituir su fisonomía, sino pensamientos, afectos y resoluciones; pero en un equilibrio tan perfecto y con tales gra-